

Toulouse-Lautrec. El independiente

Autoría: Carmen Rocamora

Afiliación: Crítico de arte; Escritora

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia y crítica de arte	249-260	TDL-85-2025-249-260

TIPO DOCUMENTAL

Semblanza artístico-biográfica

RESUMEN DOCUMENTAL

Semblanza de Henri de Toulouse-Lautrec centrada en su independencia estética y en la relación entre su biografía, sus limitaciones físicas y su mirada artística. Carmen Rocamora recorre episodios personales, ambientes parisinos y afinidades con pintores como Degas y Van Gogh, subrayando la singularidad de un creador difícil de encuadrar en movimientos establecidos y su capacidad para convertir la experiencia vital en una obra reconocible y moderna.

PALABRAS CLAVE

Toulouse-Lautrec · pintura francesa · París · postimpresionismo · Degas · Van Gogh · historia del arte

CITA BIBLIOGRÁFICA

Carmen Rocamora. «Toulouse-Lautrec. El independiente». Torre de los Lujanes, n.º 85, 2025, pp. 249-260. ISSN 1136-4343.

Toulouse-Lautrec.

El independiente

Por ***Carmen Rocamora***
Crítico de arte
- Escritora

Es imposible introducir a Lautrec en una clasificación preestablecida. No tomó parte en las grandes doctrinas de fin de siglo, ni se sintió ligado a cualquier grupo o tendencia. Cuando llegó a París, los Impresionistas estaban ya prácticamente dispersos. Admiró a Monet, a Renoir, a Manet, a Berthe de Morri-
sot, pero sobre todo a Degas y a Van Gogh.

Su vida fue desdichada y dolorosa y, cada mañana, al encontrarse frente a sí mismo en el espejo, una inmensa tristeza llenaba la mente de aquel cuerpo, que le había traicionado...

El 30 de Mayo de 1878 en Albi, se cayó en el salón de su casa, rompiéndose el fémur izquierdo y, poco tiempo después, en Agosto del mismo año, en un paseo por el campo, cayó en una fosa, fracturándose el fémur derecho. A partir de entonces, se convir-

tió en un busto que andaba, un hombre de torso normal, apoyado sobre dos piernas acortadas y desviadas...



Toulouse - Lautrec.

Su padre, el Conde Alphonse de Toulouse-Lautrec jamás le compendió. Antes de su accidente le demostró su falta de sensibilidad en este escrito: “Recuerda, hijo mío, que todo aquél que es privado de libertad, pierde su naturaleza y muere” ...

Veintitrés años después, Toulouse-Lautrec, internado en un psiquiátrico, pide ayuda a su padre, para conseguir esa libertad con la misma argumentación de aquél: “Yo estoy enfermo y tú sabes, que todo aquello que está enfermo y encerrado, muere” ...

Su cuerpo estuvo recubierto por una máscara monstruosa y encadenado a no poder arrancar su grotesco y terrible disfraz; pero jamás aceptó la compasión ... solo de su madre, fue capaz de admitir una cierta piedad.

Soñó con las novias que nunca le amaron, y quiso mucho, sin ser jamás correspondido. Conoció la amistad y refugió su amargura en el arte, sin fijarse en su infortunio

Vivía en la Rue Tourlaque, detrás del cementerio de Motmartre y pasaba las tardes en el Cabaret Mirlinton, donde pintó por primera vez a “La Goulue”, su modelo preferida durante mucho tiempo, que no era otra cosa, que la bailarina de turno, de un tugurio, instalado en el Boulevard de Rochechouart...



La Goulue.

Otro de sus lugares habituales fue el Café Weber, que entonces estaba frecuentado por Proust. Allí, al anochecer aparecía un hombre mudo y solitario, envuelto en un inmenso abrigo gris. Se hacía llamar Sebastián Melmoth, pero en realidad era Oscar Wilde, y Lautrec, al descubrirlo, le pintó con esa cara de payaso resucitado...

En el antiguo music-hall l'Elisée, donde "La Goulue" hizo su debut, el Gobierno envió un curioso emisario: "Le Père Pudeur", un hombre vestido de negro, de aspecto agrio y prepotente, encargado de hacer respetar la decencia entre el público y los artistas... Lautrec, no perdió ocasión de retratarle en un curioso cuadro titulado: "La Goulue et Valentin le desossé" (1890. Colección Hahnloser).

En el amanecer, ebrio y delirante, es cuando mejor captaba esa perfecta identidad entre el ser humano y su función. Pintaba a "La Goulue", en las servilletas de papel o sobre la mesa, dejando su huella humana olvidada y perdida, como la luz de un astro que desaparece en el primer brillo del alba...

Pero la vedette pasa de moda, y con ella, la importancia del Moulin Rouge. Por el contrario, surge la nueva modelo, Jane Avril, quien se exhibe como solista poniéndose inmediatamente a la cabeza de todas las demás. Sabe crear una coreografía particular, donde una atmósfera melancólica, mórbida. extraña y ambigua, le da un tono misterioso que no deja insensible a Lautrec. De esa época es "Jane Avril en el Moulin Rouge" (1892. Museo del Louvre).

Ella valoraba y comprendía al pintor a su manera. A veces, acudía a su atelier a ayudarlo a recibir a sus amigos y le proporcionaba esa amistad y compañía que los de su clase y su familia, le negaron desde su nacimiento.



Jane Avril.

Lautrec, había recibido la aprobación de Degas, en una Exposición que llevó a cabo en la Galería Goupil, con un conjunto de obras que representaban Montmatre, pero en aquel momento, nuestro gran protagonista, había descubierto un universo más atractivo que el music-hall y con mayores posibilidades pictóricas: el mundo del teatro. De él, recoge a sus modelos por los pasillos cambiándose de ropa, en los entreactos, pintándose los labios, peinándose... a cualquier hora, en cualquier momento, su heroína toma cuerpo, en una especie de transfiguración, de algo mediocre, en un milagro de creatividad...

El año 1894, es el momento de la revelación de Yvette Guilbert. Acentuando la expresión de su cara, Lautrec acrecienta la fealdad de sus rasgos y su vejez prematura. “Yvette Guilbert saludando al público” (1894. Museo de Albi) o “Yvette Guilbert rehusando el color” (1894. Museo de Albi), son dos ejemplos claros de esta malicia del pintor, que hizo reaccionar a la artista, escribiéndole una carta en la que le decía: “¡Pequeño monstruo! ¡Pero si Vd. ha hecho de mí un horror!...”.



Yvette Guilbert.

El año 1894, Lautrec lo dedicó íntegramente a representar al mundo de la prostitución. En estas mujeres encuentra “esa última llama de calor humano reflejada en sus conversaciones elementales, que son para el espíritu, como una cura de silencio, de silencio viviente” ...

Allí retrata, en una serie de litografías, titulada “Elles”, a las prostitutas más conocidas, Marcelle, Rolande, Gabrielle, Madame Barron, etc... Todos estos estudios preparatorios llevados a cabo en su atelier, despacio, lentamente, son una gran síntesis de su gran obra titulada “Au Salon”, donde pinta la prostitución con una precisión absoluta, y natural, interesándose por las existencias particulares, evitando cualquier alusión al “trabajo” que ejercen, o al descubrimiento de la clientela.



Serie “Elles”.

En Bordeaux, en la Casa de Prostitución de la Rue Pessac, Toulouse tenía siempre una habitación como si fuese la de un hotel. Allí, durante su estancia, presidía la mesa del comedor, regalaba a

sus amigas buenos vinos de Borgoña, dirigía la conversación, imprimiendo un carácter de respeto y amistad, llegando incluso a invitar a las chicas, en sus días libres, al Teatro y a la Opera... Era como de la casa. Circulaba a su antojo, cogiendo apuntes de las jóvenes jugando a las cartas o en plena confidencia unas con otras. Las muchachas son una fuente de inspiración que le ofrecen el espectáculo de una desnudez en libertad, que se imprime directamente en una representación plástica, con mayor soltura de la que puede captarse en una modelo que “posa” expresamente, perdiendo la espontaneidad. Lautrec guardaba celosamente sus dibujos sin enseñarlas a nadie, salvo a algún amigo, rara vez... Cuando en 1896 hizo la exposición de estos cuadros en la Galería Manzi-Joyant, reunió estas piezas en una sala aparte de la que, solamente él, conservaba la llave y no se las enseñaba más que a los amigos de confianza. Esta síntesis titulada, como ya hemos dicho, “Au Salon”, evoca la atmósfera general de “la casa”, sin exhibir nada que pueda chocar la visión del espectador.

Los recuerdos de los viejos tiempos del Moulin Rouge no han muerto enteramente para el pintor. El 6 de Abril de 1895, el pasado, de forma inesperada se une al presente. La causa es la reaparición de “La Goulue”, (su 1ª modelo), que le pide decorar la barraca en la que se va a presentar... Lautrec entonces, pinta dos grandes murales, uno el pasado: “La Goulue” en la cuadrilla del Moulin Rouge. Otro el presente: “La Goulue”, ejecutando danzas orientales acompañada, como para asistirla, de figuras prestigiosas y familiares entre las que se encuentran Fenéon y Oscar Wilde.



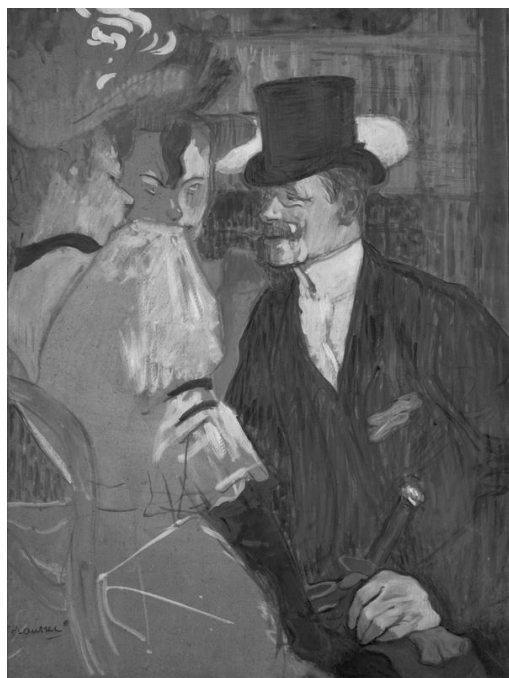
Marcelle Lender bailando el bolero de Chilpéric.

En 1895 aparece una figura excepcional, una especie de animal de teatro que tiene una importancia decisiva en nuestro pintor. El primero de Enero, realiza la opereta “Chilpéric”, parodia de la Bella Helena en la que la actriz canta y baila en español. La obra “Marcele Lender bailando el bolero de Chilpéric” (1895, Colección John Hay Whitney. Nueva York) es una de las mejores de Lautrec, quien asistió durante semanas a la representación, para impregnarse del carácter de Marcelle Lender. Adoraba su belleza, su elegancia, el movimiento de su persona, desde sus cabellos rojos ondulados al movimiento de sus piernas nerviosas... En cuanto a su espalda, nos dice el pintor: “Nunca he visto nada tan magnífico”

Pero Lautrec por aquel entonces había encontrado en el alcohol “esa sobreexcitación que da fuerza, ese furor que aporta alegría”. Ya no bebe para olvidar su terrible apariencia física, sino por la apetencia de alimentar su pasión de vivir.

Su carácter se altera, se hace colérico, y pierde el dominio de sí mismo con relativa frecuencia. En los años 1897-1898, su arte adquiere un grado superior de lucidez y de plenitud. Los problemas derivados del alcohol le exigen un esfuerzo tal, que la obra se engrandece, con descubrimientos y explosiones de color excepcionales.

En Mayo de 98 realiza su 1ª Muestra en Londres en la Galería Goupil. El Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, que había frecuentado el Moulin Rouge y conocía bien a “Le Goulue”, acude a visitar la Exposición. Sin embargo Lautrec, está sentado en uno de los sofás, profundamente dormido...



El Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, hablando con ILa Goulue.

Los signos de desequilibrio son cada vez mayores. Se cree rodeado de enemigos y conspiraciones... Cuando la crisis se agrava, su madre le lleva al psiquiátrico de Neuilly... Desde allí Lautrec lanza una llamada de desesperación a su padre: para que le libere, pero el Conde Alphonse de Toulouse-Lautrec, se resiste...

En esas circunstancias, el artista quiere probar que no es necesario encerrarle puesto que todavía es capaz de pintar... y, en un esfuerzo de memoria sobrehumano, realizado por un prodigio de voluntad ejecuta en lápices de colores la serie “El Circo”, donde plasma, los números más extraordinarios que todavía tiene grabados en su memoria.

Una campaña de Prensa se ha desatado alrededor de su internamiento. Algunos periodistas hablan de locura, atribuyendo las deformaciones y los acentos de su obra (que son incapaces de comprender, en su prepotente ignorancia), a esta falta de lucidez. Los amigos de Lautrec contraatacan. Concretamente Arsene Alexandre en el Figaro responde a esos artículos calumniosos, defendiendo a su amigo... Sin embargo los dibujos de “El Circo”, aportan la mayor prueba de salud mental de Lautrec.

Pero, ¿será la privación del alcohol? El artista ha perdido su interés por pintar... Durante el último año de su existencia no se aleja mucho de Malromé, donde vive su madre, por si tiene que refugiarse, en caso de una gran crisis... En Mayo y Junio vuelve a París. Su amigo Joyant dice: “Parece que siente el presentimiento de su final. Pone sus telas en perfecto orden, él, que no había tocado nada en su atelier durante años... Quiere volver a revisarlo todo, poniendo su firma en aquello que le parece más digno” ...

Posteriormente sufre un ataque de parálisis y es llevado a Malromé. Allí “veía todo, pero apenas hablaba; ya no tenía los ojos de antes, ni era capaz de reír”. Sumido en un profundo sopor, indiferente al

mundo, a la edad fatídica de 37 años, en la que tantos artistas han desaparecido, muere Lautrec el día 9 de Septiembre de 1901. Sus últimas palabras fueron para maldecir a su padre, que lunático y febril, no vio nunca el alma de la desdichada existencia de su hijo, que luchó con su arte, contra los negros naufragios del tiempo.